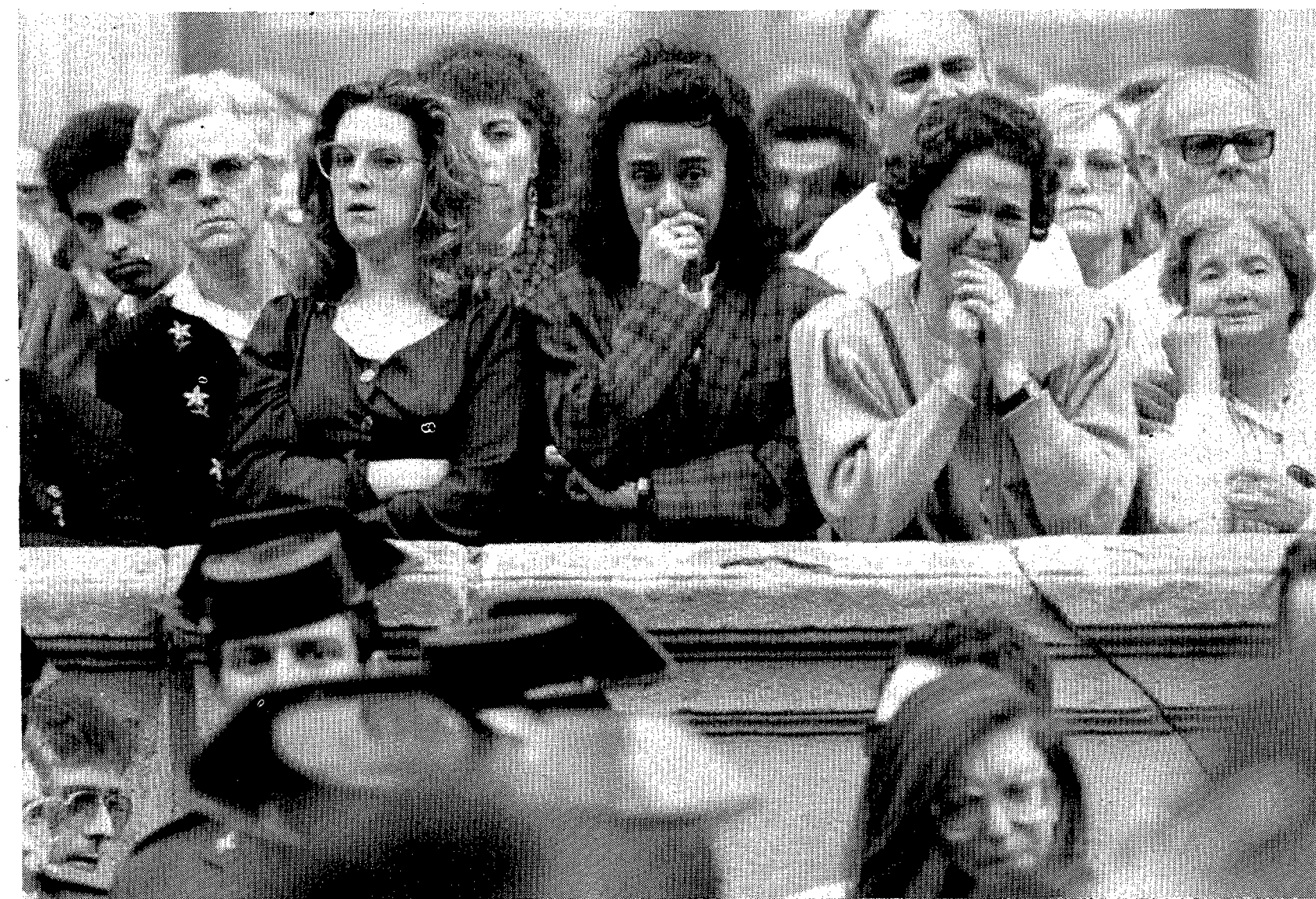


Duro revés para el terrorismo etarra tras su última masacre en Cataluña

■ El obispo de Vic, Josep Maria Guix, agradeció en su homilía la magnífica reacción de los ciudadanos de Vic, que colaboraron con todas sus fuerzas en ayuda de los damnificados. También leyó un telegrama de condolencia del Papa en el que condenaba el brutal atentado

Miles de personas despiden las víctimas del atentado en un ambiente de dolor y tensión

El presidente vasco y otras autoridades fueron abucheadas a la entrada y salida del templo



DAVID AIROB

Los vecinos de Vic se emocionaron y lloraron ante los féretros de las nueve víctimas del atentado terrorista

Miles de ciudadanos de Vic participaron ayer en los funerales por las víctimas del atentado de la casa cuartel de la Guardia Civil. Congregadas en la catedral, pero también en los balcones y en las calles que atravesó la larga comitiva compuesta de nueve coches funerarios y numerosos vehículos de escolta, miles de personas participaron en la muestra de duelo a pesar de la lluvia.

En medio de un tenso silencio, sólo roto por el repique de difuntos de la catedral, los nueve féretros con las víctimas del atentado llegaron a la catedral poco después de las seis. La banda de música de la Guardia Civil inició una marcha fúnebre mientras las primeras autoridades hicieron su entrada en la iglesia por el corredor de respeto formado por las fuerzas de seguridad. De repente, el silencio se rompió con gritos de "¡Fuera! ¡Fuera!" y "¡Ardanza, no vengas a llorar nuestros muertos!" cuando el lendakari José Antonio Ardanza traspasó el umbral del recinto.

Junto al lendakari, también asistieron al acto el presidente de la Ge-

plo. Uno tras otro, los féretros, llevados a hombros por los representantes de las fuerzas de seguridad desfilaron hacia el altar mayor precedidos por coronas de flores y acompañados por los familiares más próximos que eran saludados con aplausos y con expresiones de apoyo.

La ceremonia religiosa fue interrumpida en numerosas ocasiones por los sollozos y gritos de los asistentes. En un telegrama de condolencia, el Papa manifestaba su "enérgica reprobación por este acto terrorista que ofende los sentimientos del pueblo español".

El obispo expresó en su homilía el dolor de Vic por "la muerte inespe-

rada" y aseguró que "el terrorismo no es ni será nunca el camino acertado para conseguir nada que sea digno y razonable". "Estamos unidos frente a la fuerza bruta y salvaje", dijo.

La reacción de Vic

Josep Maria Guix elogió "la reacción magnífica" de los ciudadanos de Vic que se han volcado a dar sangre y ofrecer ayuda a los afectados y señaló también que la unión con el pueblo había hecho que algunas familias pidieran que sus muertos fueran enterrados en la ciudad. Los otros fallecidos recibirán sepultura en sus lugares de origen.

Tras la ceremonia, en la plaza, la emoción pudo con los guardias civiles de uniforme y paisano que entonaron el himno de la Guardia Civil, tras el toque de caídos y acabaron en sollozos. Se repitieron los vivos y los gritos de "asesinos, asesinos", "¡dadles muerte" y contra las autoridades. "¡Ay, qué pena más grande!". Desde primera hora de la tarde, centenares de personas habían desfilaro ante la capilla ardiente instalada en el Ayuntamiento, en la Lotja del Blat. Durante la mañana, los familiares de las víctimas habían permanecido en una pequeña salita, en el área de rehabilitación del Hospital General de Vic. A mediodía, el cansancio y el abatimiento se habían

impuesto al dolor. Una chica joven que vestía suéter azul y un pantalón tejano sollozaba de forma incontinente y discreta. Pocos minutos más tarde, estaba profundamente dormida. Un poco más lejos, en la entrada de la estancia, la madre de una de las niñas seguía afirmando que su hija no estaba muerta.

El capellán del Hospital General explicaba que los familiares de las víctimas "aún no han empezado a reaccionar ni a calibrar lo que realmente les ha sucedido, pero pasado el desconcierto inicial, han respondido con una serenidad admirable". Sus palabras eran confirmadas por el ambiente reinante: muchas mujeres adormiladas con sus cabezas apoyadas en la pared o dobladas sobre su vientre como si abrazaran algo que se les escapaba, pero siempre en silencio.

Horas más tarde, todos los familiares estaban en la capilla ardiente, recibiendo el pésame de numerosos vecinos de Vic. La estrecha calle del Ayuntamiento estaba totalmente llena de policías de todos los cuerpos. Nadie parecía hablar, porque no se oía ni un solo rumor. Hasta que una persona no pudo resistir la emoción y cayó desvanecida, des-

Los nueve féretros fueron recibidos a la entrada de la catedral, uno tras otro, con aplausos y gritos de emoción

pués de pegar un grito. "Estamos esperando a los ministros", explicó un portavoz policial para justificar el retraso de la comitiva fúnebre.

A las seis y diez de la tarde, todas las autoridades se presentaron en la capilla ardiente. Poco después salía el primero de los ataúdes, con sus familiares acompañándole. Aplausos, y de nuevo un gran silencio. Así ocurrió en nueve ocasiones. La madre de una de las niñas sólo podía exclamar: "¡Ay mi niña, mi niña!". A pocos metros, otra madre sollozaba: "Con lo que yo te quería, Mari Pili". Otro familiar comentó que Mari Pili iba a tomar su primera comunión uno de estos domingos.

Al paso del cortejo fúnebre, los vecinos se agolpaban en las aceras y se podían escuchar expresiones de condena y dolor. "¡Qué horror!" "Es una vergüenza." Algunos guardia civiles que veían pasar los féretros no pudieron contener las lágrimas, mientras varios policías, apostados en los tejados vigilaban el desarrollo del funeral.

"Yo quiero entrar, quiero entrar", exclamaba una anciana en una de las escaleras que da acceso a la catedral, ante la negativa de un policía. El agente le contestó: "Está muy lleno". "Tengo que entrar -repliqué la mujer- para rezar por los nueve muertos." Y entró. ●

Preguntas sin respuesta para la noche más amarga

■ Por la ventana del colegio, destruida por la onda expansiva, asoma un cuadro de Jesús. Tiene la mirada dirigida hacia donde hubo un patio del cuartel de la Guardia Civil, ahora almacén de cascotes, muerte y escombros. El Cristo parece preguntarse: ¿Por qué?

Un inspector de policía se planteó hace dos años la misma duda, y no se resistió a trasladar su pregunta a Mercedes Ernaga, integrante del primer comando Barcelona de ETA y con más



-¡Pero si es de El Corte Inglés!

-No; Santi Potros ha dicho que es de capital francés.

El miércoles, en Vic, mucha gente se preguntaba por qué. Pero nadie les puede contestar. Querían saber por qué dos hombres pudieron empujar un coche contra un patio donde estaban jugando las madres con sus hijos. Seguramente, los terroristas vieron las caras de sus víctimas, y hay constancia de que las niñas gri-